

LOS DERECHOS
DE LA RAZON Y DE LA FE,

en el acto solemne de ser restaurada
la Universidad de Inspruck, año de 1843.

Por H Hurter, de la Compañía de Jesus,
Profesor de Teología y Decano de esta Facultad.

TRADUCCION DEL ORIGINAL ALEMAN

POR D. GENARO ALAS Y UREÑA,

CAPITAN DE INGENIEROS.

Y PUBLICADO POR

D. JUAN MANUEL ORTI Y LARA.

BT50

H8

c.2

CON PERMISO

DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS Y LETRAS DE LA REAL

ACADEMIA DE CIENCIAS Y LETRAS DE LA REAL

ACADEMIA DE CIENCIAS Y LETRAS DE LA REAL

1894.



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

BT50

H8

C02

AL



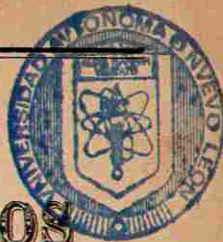
1080019701

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DECapilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

B750

H8

Ej. 2

**LOS DERECHOS**

Capilla Alfonso

Biblioteca Universitaria

**FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ
DE LA RAZON Y DE LA FÉ.**

La más sublime entre todas las excelencias y privilegios del hombre es sin duda alguna la razón: esta nobilísima potencia le distingue esencialmente de las naturalezas inferiores, en las cuales no brilla la luz intelectual, y sobre todas ellas lo eleva como á ser el más perfecto de cuantos forman el universo visible: gracias tambien á la razon de que está dotado, el hombre viene á ser el centro y como el representante y señor universal de todo lo que vemos, en alas de la cual sube con el pensamiento y el corazón hasta un mundo sin comparacion alguna más sublime que este; entre ambos mundos ocupa un lugar intermedio juntándolos en uno y formando el misterioso anillo que mutuamente los enlaza. En la razon humana veía Aristóteles algo de divino; y Platon por su parte aseguraba que por la razon somos de linaje de Dios. La Iglesia no se ha opuesto jamás á conceptos que tanto elevan y dignifican al

42660

hombre, antes bien los ha marcado con el sello de su aprobación y autoridad. Doctrina expresa de muchos Padres de la Iglesia es, que precisamente la semejanza del hombre con Dios, le viene de estar alumbrado de la luz de la razón: doctrina contra la cual nada podrá hallar ni aún el más prolijo exámen; al contrario, basta poner los ojos, aunque sin profundizarlos, en las excelencias del alma racional para echar de ver esa admirable semejanza. A quien atentamente considere la naturaleza del espíritu finito, se le ofrecerá éste como una forma en que se echa de ver la imitación, hecha por cierto con riquísima variedad, del ser infinito segun sus atributos y propiedades. Véase si no lo que hay en estos sublimes objetos con relación al tiempo y al espacio. Siendo como es inmenso el ser infinito de Dios, claro es que no puede estar encerrado por ninguna medida de espacio ni de tiempo. Ahora bien; esta divina inmensidad se refleja en nuestro ser espiritual, cuya acción no pueden ciertamente impedir ni contener el tiempo ni el espacio: con el pensamiento volamos á donde queremos sin limitación alguna; y aunque ceñidos como estamos por el organismo corpóreo á determinados lugares, todavía podemos considerar todas las cosas que pasan á distancias inconmensurables en el cielo y en la tierra. Un solo momento dura nuestra presente vida, pero este momento basta para que desfilen á nuestros ojos, cual si hoy vivieran, las generaciones pasadas que millares de años han convertido en polvo. La naturaleza toda recibe de nuestro espíritu luz y explicación, dejándole entrever sus fines más ocultos y penetrar en sus mis-

teriosos laboratorios, donde callada y sosegadamente, pero con incesante y fecunda actividad sus fuerzas elementales crean y animan y destruyen para volver de nuevo á construir. Al través de espacios inmensos el espíritu racional se ha elevado hasta los cielos; ha trasladado en forma científica el orden invariable de las estrellas del firmamento, y trazado sus órbitas y sometido á las reglas del cálculo el mecanismo de las esferas. Solo un punto habita de la tierra, y no obstante ha llegado á pesarla en la balanza de su razón, y la ha medido en sus tres dimensiones, longitud, latitud y profundidad. Las mismas leyes naturales que presiden en la organización de los seres vivos, ha logrado asimismo iluminar hasta el punto de ser dado á la Anatomía comparada el construir mentalmente el cuerpo entero de un animal á vista de uno de sus miembros, aún el más pequeño. Desde el polvo que los rayos del sol nos dejan ver en la atmósfera, y que llena el espacio que nos rodea, hasta los mundos siderales que ruedan en las alturas; desde la arena del mar hasta el vastísimo Océano, ó mejor, hasta la fuente inagotable de todo ser y perfección, no hay cosa que no sea objeto del conocimiento intelectual de nuestra alma. Su inteligencia sigue las mismas razones con que el Criador concibió eternamente y sacó de la nada las cosas que son, cual formas y representaciones vivas de sus ejemplares divinos, los cuales reproduce en cierto modo la mente al contemplarlos. Porque «asi como la obra divina de la creación originada del espíritu humano es la ley de las cosas ideales, es decir, de los conceptos que engendra en nuestra mente la contem-

plación de la realidad. Por donde se vé que nuestras ideas son un como traslado é imitación intelectual de los divinos prototipos; y pues en Dios se hallan reducidos á unidad simplísima y en toda su perfección los modelos originales de todas las cosas, segun los cuales son llamados del seno mismo de la nada, por un modo análogo contiene el espíritu humano si no en acto, á lo ménos virtualmente, las ideas de todas las cosas. Con profunda verdad dijo Aristóteles que el alma racional del hombre bajo cierto respecto es todas las cosas; y con la misma razon se ha dicho del hombre adornado de la razon, que viene á ser el ojo del universo, en donde se pintan y representan todas las cosas de él; y la lengua de la creacion, porque no solo las encierra espiritualmente dentro de sí, sino también las declara y manifiesta descubriendo su interior por medio de la palabra. También ha sido llamado bajo este respecto mundo pequeño, y mundo distinto del que vemos, el mundo del mundo, porque si bien es harto limitado su espíritu, pero con su mirada entra en el interior de las cosas y las lleva y contiene espiritualmente dentro de sí mismo.

Pero aún no hemos ponderado debidamente, ni con mucho, la amplitud é intensidad de las fuerzas del espíritu humano. Esa misma poderosa virtud intelectual con que penetra en la naturaleza y descubre sus leyes, le proporciona los medios de reducirla á su propio servicio obligándola á ejecutar sus designios, á cumplir sus miras y deseos, y le da trazas para formar con elementos preexistentes nuevas cosas, dóciles á su voluntad. No bien concibe el hombre y formula su pensamiento, la corriente eléctrica, cual

humilde sierva, lo trasmite á los lugares más remotos con la prontitud del relámpago. Inmensas son las distancias que separan á los cuerpos celestes de la tierra, pero aquel las acortó, en cuyo sepulcro se lee: *Aproximavit sidera*, hermoso epitafio que recuerda á la posteridad los servicios que él hizo á la Astronomía. En vano se oponen los mares al paso del hombre, en vano á sus investigaciones se niegan inaccesibles las montañas; porque las mismas aguas le conducirán por el agua, y el fuego le ayudará á practicar sendas en medio de las rocas. Con razon pues ha sido llamado señor de la naturaleza, rey de la tierra; que segun la hermosa sentencia del Crisóstomo «es el hombre sobre la tierra por la voluntad de Dios, lo que el mismo Dios es en los cielos por su propio derecho.» Y á la verdad, por el mismo hecho de estar el hombre dotado de razon, goza también de libertad, y gracias á este nobilísimo atributo el ser de innumerables criaturas se halla pendiente de su querer soberano. Y es tan grande este don de libertad y señorío del hombre sobre el resto de la creacion, fundados en su razon, que es opinion acreditada siempre en la Iglesia, que en ese tan sublime privilegio consiste su semejanza con Dios.

Ahora, si tan sublime y excelente bien es la razon; si por ella es el hombre la más noble criatura del universo visible; ¿á quién podrá maravillar que á sus ojos sean caros, preciosos, sagrados, los derechos de su razon, ni que los estudie y defienda contra toda cosa en que siquiera vislumbre aún la más remota tendencia á disminuirlos, á ponerlos en tela de juicio, á violarlos? Justo es por consiguiente y muy lau-

dable el celo con que debe de velar el hombre para conservar ileso tan preciado tesoro, librándolo de injustos agresores.

Poro aunque todo esto puede y debe ser concedido en términos tan precisos y absolutos como agrade que sean hasta a los más celosos defensores de la razón, jamás tendrá derecho nadie para asaltar la verdad de la fé, singularmente de la católica, so pretexto de que la fé, es irracional, de que lastima por consiguiente los fueros de la razón; ni es tampoco posible en justicia decir, sacando la consecuencia de tamaño error, que la fé se aviene únicamente con la infancia del género humano, con la menor edad de la razón, pero que no se hermana con el progreso de la ciencia, la cual despues de indecibles trabajos y al cabo de millares de años ya puede muy bien conferirnos el derecho de no rendir nuestro asenso sino á aquellas cosas cuya verdad se ofrece al entendimiento fundada en motivos evidentes, de las cuales tan sólo puede haber ciencia propiamente dicha. Así pensaba la filosofía del siglo último, plagada de naturalismo y de sensualismo; y así piensan tambien las escuelas racionalistas de nuestro siglo; aunque si vale decir verdad, semejante opinión, discutida más que nunca en los últimos años de aquel siglo, está muy distante de ser nueva.

Para todo pensador juicioso que examine las razones en que se funda esta teoría, muy propia ciertamente para deslumbrar y seducir á los que solo miran la superficie de las cosas, esta teoría no es sino el resultado de preocupaciones originadas de la ignorancia acerca de la naturaleza, esencia y objeto de

la fé. Porque es cosa cierta, que si sus enemigos ahondasen algo en el conocimiento de lo que constituye la esencia de la fé, luego hecharian de ver que ninguno de los derechos de la razón es violado por ella, y que la fé recibe á su vez de la razón los más preciosos y bellos testimonios: verian que la fé presupone los derechos todos de la razón, cuyo más sublime acto, como notó Pascal, es la fé misma; y verian por último que solo entonces se perjudica á sí misma la fé, cuando despoja á la razón de sus fueros, y por tanto que las personas que los amenazan ú hostilizan, lo que consiguen es derribarlas á entrambas en el sepulcro y conmovier por sus propias manos los fundamentos de las creencias.

Ante todo será bien preguntar ¿cuáles son los derechos de que la razón puede mostrarse celosa? En primer lugar, la razón tiene la facultad de inquirir y examinar segun la medida de sus fuerzas las verdades que pertenecen á su jurisdicción, á fin de aumentar la suma de sus conocimientos, de dilatar el círculo de sus ideas. En segundo lugar, puede la razón invocar en rigor de justicia el derecho de no admitir cosa alguna como cierta sin razón suficiente. Y por último, tambien le asiste el derecho de negar absolutamente su asentimiento á todo error en concepto de tal. Ahora bien, ¿la fé por ventura ha vulnerado jamás esos derechos? ¿los ha cercenado ó combatido alguna vez? Mejor dicho, ¿encierra acaso la fé cosa alguna contraria á esos derechos? Terminantemente lo niega la historia. ¿Acaso no son precisamente las naciones cristianas las que en todos los ramos del saber han hecho las más preciadas con-

quistas? Los hombres á quienes debemos los resultados más bellos y brillantes de las ciencias naturales, ¿quien ignora que en su mayor parte creían en la divina revelación? Aquel canónigo de Frauenburgo, que con sus propias manos se anticipó á grabar en su sepulcro las palabras

Non parem Pauli gratiam requiro,
Veniam Petri neque posco, sed quam
In crucis ligno dederas latroni
Sedululo oro.

¿no era por ventura tan buen cristiano como sabio eminente? ¿le impidió su fé descubrir un nuevo sistema astronómico y fundar esta ciencia, cuyos resultados llenan el ánimo de admiración? ¿No creían también en la revelación un Keplero, cuyo genio abarcó la ley de las órbitas trazadas por los planetas, y «con vista profética nos hizo presentir en sus tres leyes las misteriosas atracciones en las cuales rebosa, por decirlo así, la vida de nuestro sistema planetario;» un Newton «que siguiendo las huellas de Keplero, con sin igual penetración supo, gracias á su gravitación universal, reducir á moneda usual, muy bella por cierto, el rico tesoro desenterrado por el mismo Keplero, para honor é incremento de la ciencia.» Este ilustre sabio empleaba alternativamente las horas en sus estudios matemáticos y astronómicos y en la sacra exégesis. Y pues hemos pronunciado el nombre de Newton, ¿será bien que nos olvidemos del moderno Aristóteles, gloria de Alemania, cuyo génio enciclopédico abrazó todos los ramos del saber, y no obstante

habría reputado por la más gloriosa página de su vida la reconciliación que anhelaban entre la Iglesia Católica y las confesiones tristemente separadas de ella? Eulero, el gran matemático Eulero, escribió una obra intitulada: «Defensa de la sagrada revelación contra las objeciones de los libre pensadores.» Del ilustre Ampere cuyo nombre irá para siempre unido á la fama de sus descubrimientos acerca de la electricidad dinámica, refiere Arago, testigo por cierto nada sospechoso, que sabia de memoria la Imitación de Cristo de Tomás Kempis. Cosa notable! Ninguno de estos varones eminentes vi tantos otros dignísimos de figurar entre ellos, como pudieramos citar, ninguno se sintió jamás impedido ni embarazado por la fé en sus investigaciones y descubrimientos.

Estos nombres esclarecidos prueban muy bien, que la fé no se opone de modo alguno á la razón que incesantemente anhela á dilatar la esfera de sus conocimientos; pero séame no obstante permitido á mayor abundamiento y para confirmar mi proposición internarme algun tanto en la especial consideración de cuestiones que pueden ser suscitadas en nombre y bajo los auspicios de una ciencia que la época presente cultiva con predilección, acierto y resultados brillantes. La tierra, al decir de esta ciencia, no llegó al estado en que la vemos, en un abrir y cerrar de ojos, ni en algunos dias solamente: la Astronomía, la Paleontología, la Geología, exigen cientos y aún miles de años para dar por formado este globo terráqueo que habitamos. Pero ¿que digo millares de años? Gustavo Bischof pide para esto la frió-

lera de 353 millones de años; y Burmeister se ha atrevido á decir que «millares de años suelen ser la medida histórica ó mitológica de los sucesos memorables, pero que tratándose del espacio de tiempo empleado en la creación del mundo, no son nada. Porque así como la asombrosa extensión de los espacios del universo no puede medirse sino por millones de leguas, de ese mismo modo sus varias edades solo pueden computarse por millones de años». ¿Qué enseña acerca de esto la fé? ¿No nos dice la fé con palabras claras y terminantes que en seis dias crió Dios el cielo y la tierra? ¿Puede concebirse una oposición más palmaria que esta entre la ciencia y la revelación? ¿No vemos por ventura aquí condenados por la fé todos los descubrimientos, aún los mejores demostrados, de las ciencias naturales? ¿No es esto además cerrar el paso á nuevas investigaciones y estudios sobre tan importante cuestión? Muchos á la verdad han aplaudido con maligna alegría el dicho del otro: «Que la Astronomía le ha tirado el techo á la cabeza á la fé antigua, y la Geología le ha minado el terreno; y que los descubrimientos en materias geológicas son los funerales de la cosmogonía de Moisés.» Pero á pesar de tales sentencias nada hay aquí que arguya ni aún la más leve oposición ó enemistad entre la Religión y la ciencia. Cierta las palabras de la Escritura, tomadas como suenan, nos dicen haber criado Dios en solos seis dias los cielos y la tierra; al paso que las ciencias naturales se inclinan á la opinión que divide en periodos el tiempo de la creación; pero la verdad es que la Iglesia jamás enseñó que esa diferencia aparente fuese una oposición real; antes es un he-

cho constante, que hoy dia en la misma Roma muchos sabios están por dicha opinion. Si no fuese así, ¿Cómo era posible que una de las primeras dignidades de la Iglesia, el sapientísimo Cardenal Wiseman, hubiese cultivado, y con tanta solicitud, tales estudios? Porque es evidente que la Santa Sede no los hubiera tolerado, ni mucho ménos *fomentado*, como repetidas veces lo ha hecho, en términos por cierto muy expresivos, si tales esfuerzos y tendencias fuesen contra la fé, ó de algun modo la pusieran en peligro de zozobrar. Pero volvamos á la cuestión propuesta para ver cómo se resuelve.

La sagrada Escritura nos habla de seis dias; y el exámen puramente natural de los sabios no se contenta sino con largos periodos para explicar el origen del mundo. ¿Hay por ventura oposición alguna entre estas dos luces? No ciertamente, porque lá fé no dice si esos seis dias fueron de los llamados astronómicos, que duran el espacio de veinticuatro horas, ó dias, por decirlo así, divinos, de millares de horas. «En los seis dias del Génesis, no ménos que en el periodo que llaman caótico» dice un docto investigador del sagrado texto, «hay amplitud muy bastante para contener, si es preciso, todos los millones de años que los doctores en ciencias naturales calculan y tasan como indispensables para que pueda ser explicada la formación de la tierra. Ni uno solo ha habido entre los exégetas de la Escritura, que condene por falsos esos cálculos de Astrónomos y Geólogos trayendo por considerando de su fallo que el cielo y la tierra fueron criados en seis dias.» El célebre Obispo de Hermópolis Frayssinous, advirtió asimismo

que por nuestra parte tenemos derecho á dirigirnos al Geólogo y decirle: «Puedes cierto interrogar libremente á las entrañas de la tierra; y si tus investigaciones no exigen que demos al día más de veinticuatro horas, seguiremas como hasta aquí creyendo ser esta su duración; mas si tus descubrimientos son tales que prueban con evidencia que el globo que habitamos, con sus animales y sus plantas, es más antiguo que la especie humana, está seguro que nada resulta de aquí contra el Génesis, pues nos es permitido admitir por la palabra dias, espacios de tiempo indeterminado, en cuyo caso los mismos adelantamientos de ciencia vendrian á darnos la explicación de este oscuro pasaje de la sagrada Escritura que hasta el día de hoy no ha sido del todo claramente interpretado.» «Porque la Biblia, observa admirablemente Reusch, como monumento puramente religioso y sagrado que es, si no se adelanta á decir cosa alguna cuya averiguación corresponda á la ciencia, ni resuelve ninguno de los problemas cuya solución sea el resultado de empíricas investigaciones: así que, sea el que quiera el término á que estas conduzcan, es imposible que se oponga á la narración bíblica, ni que entre ambos términos surja ninguna manera de conflicto. La revelación dá carta blanca al verdadero sabio para que en el orden puramente científico registre el resultado de sus esfuerzos. No está ni por el platonismo ni por el neptunismo, sino únicamente por lo que á la Religión toca y pertenece: ni es menor su neutralidad entre Vulcanistas y Plutonistas, que entre Alópatas y Homeópatas». En cambio lo que la fé únicamente sostiene en este pun-

to, es que la materia de que consta el mundo, no es eterna ni increada, como han dicho algunos, cuya doctrina jamás demostró ni pudo demostrar el estudio de la naturaleza, que cierto no alcanza á resolver tal problema. Razón tuvo pues el sabio Kurtz, protestante, antes citado, para decir que es «pura ilusión creer ó tratar de que los demás crean, que los estudios experimentales han enemistado á nadie contra la Escritura; la culpa de esto no debe echarse á la experiencia, sino al afán de especular sobre cosas que sobrepujan á la experiencia.»

Lejos de andar reñida la fé con los estudios científicos sobre la naturaleza, es por el contrario cierto que la primera desea, hasta por su propio interés, que estos estudios prosperen y se perfeccionen y florezcan, persuadida á que no hay nada que así le perjudique como el saber á medias, el cual sin penetrar lo primero en el santuario de la ciencia ni buscar la verdad en los misterios de la revelación, todas las cosas las juzga y sobre todas pronuncia su fallo sin entender profundamente de nada. Ciertamente el perfeccionamiento intelectual en este como en los demás ramos del saber es y no puede ménos de ser útil y provechoso á la Religión. En una reunión de sabios ingleses habida, algunos años há, el Dr. Chalmers, hombre de mucho ingenio, cuya sinceridad no ha sido blanco de la ironía de los incrédulos ha asegurado solemnemente que «el Cristianismo nada debe temer, sino antes esperar del progreso de las ciencias naturales todo lo que puede desear de ellas.» Ahora bien, lo que un sabio de tanta autoridad admite, bien podemos afirmarlo también nosotros sin temor ni res-

tricción alguna. ¿Cuántos hay que habiendo dado principio á sus estudios, dominados del escepticismo, acabaron por reconocer que lejos de combatirse se auxilian y dan la mano en amigable consorcio la revelación y la ciencia? Muy digna de ser notada es aquella observación de Ampere, que por cierto no fué el único que la hizo, que «ó Moisés llegó á poseer las ciencias naturales con la misma perfección que hoy se ha alcanzado en ellas, ó estuvo verdaderamente inspirado.» Esta fué asimismo, dejada aparte la autoridad de otros sabios famosos que han abundado en dicha sentencia, tales como Schuber, Andrés Wagner, Madler, Marcell de Serres, A. G. Werner, la del insigne fundador de la novísima Geología: «Moisés, ha dicho Cuvier nos ha dejado una Cosmogonia tan exacta, que no pasa día sin que su exactitud se vea confirmada de una manera admirable.» Y á la verdad, á medida que las ciencias naturales se han ido adelantando y enriqueciendo, se han ido tambien y con igual paso desvaneciendo las dificultades que el siglo pasado especialmente fué acumulando á modo de nubes amenazadoras pero vacias, contra la revelación mosaica. Los hechos sucedieron de un modo harto diverso de como se habian ideado: porque de los 80 sistemas geológicos, diferentes unos de otros, inventados á porfía, con que pretendió dar en tierra con la divina revelación, y sepultarla, ninguno ha podido no diremos solamente prevalecer, pero ni siquiera conservarse en la memoria de los hombres, antes ha sucedido que los presuntos sepultureros, se vieron dados al olvido, convictos de superficialidad y sin razón á los ojos de un saber realmente sólido y

profundo.

Razón es por tanto afirmar resueltamente que en nada se opone la fé al derecho primero y capital de la razón; que en nada impide ni embaraza el libre movimiento que sigue esta facultad así en la série de sus investigaciones como en el de las pruebas relativas á las verdades que están naturalmente á su alcance. ¿Acaso la fé no invita á la razón á que examine las bases fundamentales en que descansa? Las cuales bases ó razones son dos: la primera, que DIOS ES VERDAD SUMA; y la segunda, que ESTA SUMA VERDAD HA HABLADO con los hombres. Una y otra verdad hay necesidad de mantener para que la fé pueda ser racional, porque racional debe ser el obsequio de nuestro entendimiento á la divina revelación. Ahora bien; si no hemos de incurrir en un círculo vicioso, dichas dos verdades solo por la razón deben ser reconocidas y demostradas. Es preciso proclamarlo así aún en favor de la misma fé. «El que no conoce la verdad, dice Marco, discípulo del gran Crisóstomo, no puede creer verdaderamente, porque el conocimiento precede naturalmente á la fé.» Con no menos claridad y precisión se espresaba la Escolástica: «Así como la gracia, dice Santo Tomás, presupone á la naturaleza y lo perfecto á lo perfectible, así la fé presupone el conocimiento racional.» Sabido es que como los doctos escritores Bautain y Bonnety hubiesen tocado á los derechos de la razón y de la fé equivocadamente, el pontífice Gregorio XVI y después el inmortal Pío IX levantaron su voz, y fué formulada aquella famosa proposición: «Rationis usus fíden præcedit et ad eam hominem ope revelationis

et gratiae conducit."

La fé por consiguiente presupone á la razón con el derecho de investigación y exámen inherente á ella; y de esta suerte acude á defender el otro derecho que asiste á la razón, á saber, el de no admitir cosa alguna sin motivo y fundamento. Dígase norabuena de la fé, que es oscura, difícil, que está llena de misterios; pero jamás habrá derecho para decir que carece de fundamento, y mucho ménos que es irracional. No es ciertamente la fé un asenso ciego, destituido de motivos, engendrado simplemente del temor ó de las otras pasiones; todo lo contrario: la fé descansa en estas razones incontrastables que la acreditan de verdadera á los ojos de la razón, conviene á saber: la suprema autoridad del divino testimonio de una parte, y de otra las pruebas que demuestran haberse dignado esa divina autoridad conversar con los hombres para comunicarles las verdades que constituyen el tesoro de la revelación. Los hechos confirman claramente el testimonio divino. Segun esto el verdadero fiel puede siempre seguir aquella máxima del Príncipe de los Apóstoles: "Prontos siempre á dar satisfacción á cualquiera que os pida razón de la esperanza ó religión en que vivís." Así, cuando sea preguntado por qué creé este ó aquel misterio, su respuesta ha de ser: porque Dios mismo, autoridad infalible, me lo enseña. Y si le vuelven á preguntar, qué le mueve á creer y fiarse en el Divino testimonio y qué razón tenga para reputarlo por divino, responderá: por que son tantos y tales los motivos que me impelen á este asenso, engendrados no solamente de la infalibilidad del autor de la verdad, sino tambien del

hecho mismo de la revelación, que una de dos: ó tengo que rehusar mi asentimiento á todas las pruebas históricas en que se funda mi fé sobre infinidad de hechos que nadie pone en duda, lo cual es absurdo; ó tengo que admitir el hecho de la revelación por las mismas razones y fundamentos que justifican mi certidumbre en orden á esos hechos. Yo creo los sucesos que refieren las historias griegas y romanas fundado en la narración de los respectivos historiadores, y por idéntica razon, siguiendo las leyes mismas del criterio, puedo y debo creer tambien los milagros obrados por el Señor y por sus discípulos y sus sucesores, que unánimes me atestiguan claramente el hecho de la revelación. Pero ¿y si tales milagros són meras invenciones ó pertenecen á la categoría de aquellos falsos milagros de que está lleno el paganismo? Semejante objeción es inadmisibile ora atendiendo á los testigos que nos hablan, ora á las circunstancias que acompañan á los hechos reputados por milagros. Es verdaderamente notable el pasaje en que el gran poeta de la Edad media refutó esa objeción exponiendo el bello pensamiento de San Agustin.

El deber que tenemos de rendirnos á la fé, no consiste por consiguiente ni puede de ningun modo consistir en que la razón tenga que admitir ésta ó aquella doctrina sin fundamento suficiente: semejante especie siempre ha sido terminantemente rechazada en el seno de la Iglesia. San Atanasio combate indignado la opinión ya conocida de su tiempo y reproduce muchas veces despues, segun la cual debe el hombre creer sin exigir para su fé condición alguna y aun contra toda exigencia racional. ¿Con que tengo,

exclama el santo, de creer sin razón suficiente que me mueva al asenso? ¿Con que no puedo informarme si la cosa es posible, saludable, conveniente, agradable á Dios, y conforme á la naturaleza; si está en armonía con otras verdades, con otros misterios, si corresponde á su fin y si conduce á la verdadera piedad? «Jamás, dice en otro lugar, jamás ha de tenerse que la fé cristiana sea una fé ciega é infundada.» A este mismo concepto católico acerca de la fé se ajustó admirablemente Tertuliano diciendo: «Nihil credam, nisi nihil temere esse credendum;» lo cual no es en verdad sino lo mismo que enseña la sagrada Escritura cuando dice: «Qui credit cito, levis corde est;» y cuando exige que el culto que rendimos á Dios sea «RATIONABILE OBSEQUIUM.» Doctrina enseñada asimismo por San Agustín: «Multum falluntur, qui putant nos sine ullo de Christo indicio credere in Christum. Nam quae sunt indicia clariora, quam ea quae nunc videmus praedicta et impleta?» San Isidoro profesaba esta misma verdad diciendo: «Fides nequaquam vi extorquetur sed ratione atque exemplis suadetur.» Con firmeza y precisión admirable expuso San Bernardo la antigua doctrina de la Iglesia sobre la naturaleza de la fé: «Absit, dice, absit ut putemus in fide vel spe nostra aliquid, ut is putat, dubia aestimatione pendulum et non magis totum, quod in ea est, certa et solida veritate subnixum, oraculis et miraculis divinitus persuasum, stabilitum et consecratum partu Virginis, sanguine Redemptoris, gloria resurgentis. Testimonia ista credibilia facta sunt nimis». Inútil me parece añadir que los PP. de la Iglesia fueron fielmente seguidos por los DD. escolásticos.

El primero de sus expositores, Santo Tomás de Aquino, no hace otra cosa que transmitir á su vez con palabras diferentes el concepto recibido como en herencia: «Non enim quis crederet, nisi videret ea esse credenda vel propter evidentiam signorum vel propter aliquid ejusmodi.» Es pues manifesto que el santo doctor de Aquino quiere que el motivo en que se funda la fé, la razón que hace digna de ser creída á la verdad, en una palabra, el principio de credibilidad sea evidente; y es de por sí clarísimo que el asenso dado á una doctrina por un modo digno de engendrar en el ánimo perfecta seguridad, está muy lejos de ser un acto no ya contrario, pero ni siquiera extraño á la razón humana. La Iglesia misma, ¿qué otro medio mejor pudo emplear de hacer la defensa de la razón y tomarla bajo su protección y amparo, que rechazar la proposición censurada en tiempo de Inocencio XI, segun la cual «el asentimiento de la fé puede prestarse y es saludable, aunque no conste ciertamente y aunque sólo sea simplemente verosímil el hecho de la revelación?» En nuestros mismos dias aquel supremo guardian y custodio de la fé, cuyo es el cargo de velar para mantenerla incólume en todo el universo, en la infelicia dirigida á todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos del orbe á 9 de Noviembre de 1846, defiende asimismo á la razón, como puede verse por las palabras siguientes: «Para que en una materia tan importante como es esta, no llegue á errar ni ser engañada, debe la razón humana *inquirir solícitamente* la verdad, hasta alcanzar la seguridad de haber hablado Dios, y rendirle de esta suerte un testimonio *conforme á razón,*

como pide el Apóstol." De conformidad con la sublime voz del Pastor han declarado recientemente los Obispos de las provincias Rínianas en el concilio habido en Colonia (1860), que aunque la fé se funda en la autoridad de Dios, pero el fiel debe no obstante conocer ciertamente con la razon el hecho de la revelación y no oponer á esto ninguna duda racional.

Véase por tanto de qué modo se halla asimismo confirmado por la fé, el segundo derecho de la razon; y dígase si no es enormísima injusticia el representarse á la fé cual una opinión ciega, como una suposición gratuita. No advierten los que por este medio pretenden ensalzar la fé sin respetar lo que la misma fe presupone, que lo que hacen en realidad es conmover las columnas y minar los cimientos en que descansa.

El tercer derecho de la razon es rehusar su asentamiento á todo error reconocido por tal; derecho que nace de la esencia misma de la razon. Al cual ciertamente la fé no tocó jamás. No, nunca se verá la razon de los fieles en la necesidad de tener por verdadero lo que es falso, quiero decir, lo que ciertamente está reconocido por falso. Semejante necesidad ni se ha dado ni puede darse, porque es imposible que ocurra. Ni Dios ni la Iglesia me prohíben rechazar el error; aunque, entiéndase esto bien, el error conocido *ciertamente* en concepto de error, no el que tan solo es imaginario ó *aparente*: porque si se trata de una cosa que ó no comprendemos ó conocemos sin la perfección de la evidencia, es contra toda razon tenerla por error sin más exámen ni respeto. El modo como están en nuestra mente las ideas, el

modo como el alma informa y vivifica al cuerpo, cosas son que ciertamente no comprendemos; pero, ¿quién dudará por esto de la existencia de nuestras ideas y de las íntimas relaciones que juntan en uno al cuerpo y al alma? No comprendemos el modo como astros innumerables giran desde hace millares de años con la rapidez del relámpago, pero con maravillosa armonía al rededor de un centro comun sin chocar jamás unos con otros ni embarazarse mutuamente; ni sabemos cuál sea la esencia de la luz; y esto no obstante, ¿será razon dudar que la luz alumbraba? Así, por más incomprensibles que sean los misterios de la fé, es evidente que no hay derecho en la razon para resistir por esta causa á su verdad, á no ser que se quiera acabar con todas las ciencias, pues todas ellas tienen sus arcanos. Una cosa es la *incomprensibilidad* y otra muy diversa el *error*: ¿por ventura el *misterio* y el *error* son *uno*? Para decir que una proposición es falsa, no basta el que no se perciba la conveniencia de sus términos, unidos por medio de la cópula, sino es necesario ver con evidencia que repugnan entre sí, que no pueden unirse sin patente contradicción: muy justo es que suspenda yo mi juicio, y dude, cuando no alcance á ver la conveniencia de los términos de una proposición; pero mi duda habrá de desaparecer en el punto que se me ofrezca acerca de esa conveniencia un motivo de certidumbre, un testimonio cuya credibilidad la razon misma se ve obligada á tener por cierta y evidente: este testimonio es cabalmente el que nos certifica de las verdades de la fé. La conveniencia de las ideas comprendidas en las proposiciones que e-

nuncian los misterios, no la conocemos á la verdad con intrínseca evidencia; pero tampoco nos es posible percibir en ellos contradicción alguna. Ahora bien, reconocido el hecho de la autoridad de Dios que dá testimonio á una doctrina determinada, intachable por otra parte en sí misma, ¿no es un verdadero delirio invocar los derechos y exigencias que nacen de la esencia del conocimiento racional para negar el asenso de la mente á la verdad de tal doctrina, apoyada en tal fundamento? Por donde se hecha claramente de ver que el tercer derecho fundamental de la razón no sufre ni aun el más leve detrimento de parte de la fé. Nada tiene que temer la razón de esta luz sobrenatural, la cual no disminuye ni puede disminuir el patrimonio de la inteligencia, antes el que toca malamente á la razón ó á la fé, las ofende á entrambas por el enlace que tienen entre sí y el mútuo auxilio que se prestan.

Acabamos de ver que la fé confirma plenamente los derechos todos de la razón: ahora debemos añadir con no ménos verdad y justicia, que por un modo semejante la razón tiene y reconoce por buenas y legítimas las exigencias de la fé: hasta aquí hemos visto, mirada la cuestión bajo aquel aspecto, que la fé *no* tiene de irracional, pues antes confirma los derechos de la razón; ahora vamos á ver que la misma fé es *positivamente racional*, pues la razón confirma sus respectivos derechos.

¿A qué se reduce en suma todo lo que de la razón exige la fé? Solo una cosa le pide: sumisión á la autoridad divina. Cierto esta sumisión no deja de ser costosa al espíritu humano, tanto más costosa y difi-

cil cuanto es indudable que el entendimiento se mueve naturalmente en las regiones de la luz, y vive de la luz, pero decirlo así; por esto no obstante á la razón le es forzoso consentir con lo que la fé le exige, y lo que es más, consentir aun atendiendo á su mismo particular interés. Y á la verdad, ¿quién se atreverá á tener por injusto, que la razón, fuerza criada, finita, y por consiguiente falible, se reconozca y humille ante la razón increada é infalible en el punto que ésta se ofrece á sus ojos enseñando verdades que trasportan el ánimo á regiones á donde no alcanza naturalmente el pensamiento? ¿Es posible que esta sumisión, universalmente reconocida como necesaria en el orden natural, sea indebida en el orden sobrenatural y divino? Si á todos parece justo, y lo es en realidad de verdad, que en el estudio de las ciencias admita el discípulo las razones primeras de ellas antes creyéndolas que comprendiéndolas, bajo la fé del maestro, para en su día poder demostrarlas por sí mismo, ¿será bien que la razón, con mucho ménos motivo, se abandone sin guía al estudio de la verdad por esencia para ser introducida en los abismos infinitos de las perfecciones y arcanos designios de Dios? Los cuales únicamente podemos contemplar como en un espejo y bajo imágenes oscuras, por lo elevado que están sobre la razón, y ni siquiera pueden ser adivinados del hombre, cuya esfera intelectual no puede naturalmente recorrer la inmensa distancia que los separa de nuestro espíritu. Si con razón damos fé *naturalmente* á la palabra de los testigos, toda vez que estemos ciertos de su ciencia y veracidad; ¿cuál no deberá ser la sumisión que nos exi-

ge la fé, que estriba en un fundamento sin comparación alguna superior, pues no es otro sino la misma ciencia y veracidad infinita?

Pero todavía podemos profundizar más y ver con mayor claridad cómo reconoce la razón los incontables títulos que prueban la justicia de lo que exige de ella la fé. Uno de los ingenios más perspicaces y profundos de la antigüedad cristiana decía muchas veces arguyendo contra los Maniqueos, que la fé y confianza natural que hacemos del testimonio de los hombres, es á todas luces un elemento de vida, una condición esencial de toda sociedad, cualquiera que sea su organización. Suprimida la fé, decía el mismo San Agustín, quitada de en medio de los hombres unidos entre sí, y luego echaréis de ver qué tan grande confusión se sigue de esto. El mutuo amor de las criaturas racionales luego al punto se acabaría, y por el mismo caso se romperían y quedarían rotos todos los lazos sociales; el matrimonio, la familia no podrían subsistir; ni el hombre tendría confianza en su muger, ni los hijos en sus padres; todas estas relaciones sociales se fundan precisamente en la fé, en la confianza recíproca de las personas asociadas. "Si ergo", prosigue San Agustín, si ergo non credentibus nobis quae videre non possumus ipsa humana societas, concordia pereunte, non stabit; quanto magis fides est adhibenda divinis: quae si non adhibeatur, non amicitia quorumlibet hominum, sed ipsa summa religio violatur, ut summa miseria consequatur."

Si volvemos ahora la vista al origen de nuestros conocimientos, advertiremos que de la mayor parte de ellos somos deudores á la fé y confianza que damos á

la palabra de los hombres, y á los libros donde se imprime. La razón de este hecho es muy sencilla: estamos sujetos á las condiciones de tiempo y de lugar; y nuestro saber no se extiende ciertamente á todas las cosas. Si no hubiéramos de admitir legítimamente como cierto sino lo que percibimos con intrínseca evidencia, tendríamos por necesidad que renunciar á conocer todos los hechos acaecidos en tiempo pasado y casi todos los que acaecen en el momento presente, pues ni á los unos ni á los otros se llega nuestra experiencia propia; y de esta suerte, una vez reconocida la legitimidad de esta conclusión, y devorado tamaño absurdo, deberíamos decir adiós á todo linaje de ciencias y disciplinas, singularmente á las empíricas. Ahora, en ese abismo donde perecerían ciertamente innumerables cosas, las más excelentes y preciadas de la vida, en ese abismo dá forzosamente el que niega á la fé divina y por consiguiente á la que se funda en ageno testimonio, el lugar que le corresponde entre los principios ó fuentes del conocimiento; en ese abismo dá el que desconoce la veracidad de este criterio cuando nuestros meliores personales no pueden informarse de la verdad. En este caso, agotado el caudal de la experiencia propia, ¿quién podrá conducirnos á la verdad llevándonos, por decirlo así, de la mano, sino la fé? Por qué ¿qué otra cosa es la fé sino estribar los unos en la ciencia y veracidad de los otros, tenerse en ella y confiarse á ella (*se credere*)? ¿qué otra cosa es creer, sino acrecentar el esplendor de la luz personal y propia con la luz de otro espíritu inteligente? Aunque el espíritu á medida que se profundiza más en el cono-

miento y estudio de las materias que cultiva, descubre mayor número de verdades, pero no se puede tampoco conegar que las cosas enteramente desconocidas ó que están por esplicar del ingénio humano, forman un mundo cuya extensión no puede alcanzar, ni con mucho, nuestra vista, ni que hay todavía innumerables verdades escondidas para nosotros, y muchas de ellas rodeadas de impenetrable oscuridad. No es solamente el Apóstol quien nos dice que nuestro conocimiento en esta vida es un fragmento y que solo conocemos como en un espejo y bajo imágenes oscuras: la experiencia propia nos enseña esto mismo. Es mucho de notar que cabalmente suele sustraerse á las miradas escuradoras del entendimiento lo que hay de más alto y sublime y lo que ocupa el último grado en la escala de los seres: Dios y el átomo imperceptible. Confiesa Alejandro de Humboldt, que «si consideramos el fondo de verdad y de ciencia á donde ha llegado á penetrar el pensamiento del hombre, veremos en él muchos como lugares oscuros que no alcanzan á iluminar ni aún los más profundos estudios sobre los misteriosos laboratorios de la naturaleza y sobre la fuerza creadora; por cuya razon pueden ser comparados esos conocimientos al que tenemos de la luna, que de siete partes que tiene en la superficie, solamente tres presenta á nuestra vista, y no dejará ver nunca más, á lo ménos mientras no entren en acción causas nuevas é imprevistas que alteren el órden presente produciendo sucesos extraordinarios.» «A medida que el génio del hombre, observa Pascal, adelante en la série de sus investigaciones, comprende más y más que son sin número las

verdades que ignora: muy pobre y sin fuerzas es la inteligencia que no ha llegado á conocer esto.» Muchos siglos há que se conoce y admira la sublime y profunda verdad de aquella sentencia de Sócrates: *hoc unum scio, me nihil scire*. Preguntad á la razon puramente filosófica por el origen del hombre, y vereis cómo no tiene respuesta alguna concluyente que daros sobre esta crestión: interrogalla acerca de su destino futuro, y unicamente oireis de sus lábios la expresión de un pensamiento vago, oscuro. Cuando el espíritu humano quiere subir hasta Dios, luego se pierde en los profundos abismos del ser infinito, y es deslumbrado por el resplandor de su gloria. Ahí está la historia de la filosofía para probar que por espacio de siglos y más siglos no ha podido la simple razon natural resolver esas cuestiones con *precisión, certidumbre y uniformidad*. Solo por medio de la fé nos es dado conocer lo que pasa allá dentro del corazón humano; pues ¿por qué en tratándose de conocer los designios investigables de Dios hemos de exigir otro instrumento? Será razon que en medio de las dudas que se ofrecen al espíritu, angustiado entre problemas en que nada ménos vá que el destino del hombre con todo lo que hay de grande y de bello, nada ménos que el bien y la dicha, si por ventura viene en auxilio la luz que procede de un testimonio y autoridad infalibles, todavia cierre sus ojos á ella? ¿Puede darse mayor locura que no querer ver el hombre la luz, porque no procede del ojo con que la contempla? Con gratitud acogen los sábios cualquiera conclusión que ilustre, aunque solo sea en parte, la oscura noche de los siglos pasados; y mi-

ran como dón de gran valor para naciones y pueblos la relación del intrépido viajero que ha logrado penetrar en las regiones todavía no exploradas del Africa Central: todo esto parece y es en realidad muy razonable. Ahora bien, existe un testigo cuya veracidad sobrepasa incomparablemente á la de todo otro testigo, un testigo cuya palabra decide las cuestiones más altas, los más profundos problemas tocantes al origen, esencia, destino y dirección del alma espiritual, de la naturaleza exterior, del cielo y de la tierra, las cuestiones que se refieren al ser y vida de Dios, al reino misterioso de la vida eterna: ¿habrá de ser menos digno este testigo de nuestro respeto y gratitud? El más grande entre todos los filósofos gentiles anhelaba por recibir de lo alto tan sublime enseñanza, pues, parece, dice hablando con Sócrates por boca de Simias, «parece lo mismo que te parecerá probablemente á tí, ó Sócrates, que no es fácil, sino antes imposible saber acerca de tales materias cosa alguna positiva;» y así suspiraba por «una divina palabra en que pudiese navegar como en un bajel por este borrascoso mar de la existencia.» “Del primer hombre,” ha dicho recientemente el filósofo Fichte, “tuvo cuidado un espíritu, según refiere una tradición admirable por su ciencia profundísima y sublime, á la que al fin ha de venir á parar la filosofía.” ¿Habremos de corresponder á este altísimo espíritu, luz y providencia del hombre, rehusándole ingratos la fé que se debe á su palabra?

Pero todavía suele oponerse que la fé exige una sumisión ciega y por consiguiente contraria á la naturaleza íntima de la razón, la cual, siendo como es

verdadera luz, solo de la luz puede sustentarse y vivir. Vamos despacio: ¿qué se entiende por sumisión ciega? ¿por ventura que sea irracional, destituida de fundamento? Mas ya hemos visto que la fé lejos de exigir, repugna semejante sumisión como contraria á su esencia, y no puede absolutamente conciliarse con ella. ¿Se quiere dar á entender bajo el nombre de ciega sumisión el asenso dado á la verdad aun cuando no se comprenda su fundamento intrínseco, aun cuando no se vea con evidencia la relación que media entre sus términos? Pero en este caso lo que Dios pide al espíritu humano para obligarle á creer, es lo mismísimo que le exigen diariamente los hombres á pesar de hallarse expuestos á errar, lo mismo que les otorgamos y debemos otorgarles sin titubear, lo que sin temeridad no podemos rehusar á su testimonio siempre que se presente afianzado en la veracidad de sus autores. En el presente caso la veracidad de Dios suple con exeso la evidencia intrínseca de la verdad: “Coeli mysterium,” nota muy bien San Ambrosio, “doceat me Deus ipse, qui condidit, non homo, qui seipsum ignoravit. Cui magis de Deo quam Deo credam?” A lo que debe añadirse que aunque la fé exige el obsequio y sumisión de la razón á la autoridad divina, y el asenso dado á la verdad á pesar de no ser percibida la intrínseca conveniencia de sus términos, pero no quita ni impide que ahondemos y profundicemos humildemente en el conocimiento de las verdades reveladas, no impide que procuremos llegar á contemplarlas con la posible claridad. “Absit,” dice admirablemente San Agustín despues de habernos enseñado con su ejemplo, absit namque ut hoc in

nobis Deus oderit, in quo nos reliquis animantibus excellentiores creavit: absit, inquam, ut ideo credamus *ne rationem accipiamus sive quaeramus*, cum etiam credere non possemus, si rationales animas non haberemus." Por donde fué siempre máxima profesada por la patrística y por la escuela: "Credo ut intelligam." San Anselmo, que fué uno de los primeros y más famosos doctores del tiempo en que floreció, asienta que á todos corre el deber de investigar humildemente, cada cual segun sus fuerzas, las razones intrínsecas de la fé, y que se hacen culpables de negligencia los que no procuran penetrar el sentido de los dogmas. Y á la verdad, ¿qué otro ha sido siempre el ideal de la Teología católica desde su nacimiento en toda la variedad de sus formas y modos sino llegar á poseer una profunda inteligencia del dogma en todo el conjunto de sus relaciones? Razon tuvo pues San Gerónimo para escribir en su obra de *Varones Ilustres* estas palabras: "Aquí podrán aprender Celso, Porfirio, Juliano con todos sus secuaces é imitadores, los cuales dicen que la Iglesia cristiana no puede gloriarse de contar en su seno ni filósofos, ni oradores ni sábios ningunos; aquí, digo, aprenderán lo que ignoran ó afectan ignorar, á saber, cuán grandes y clarísimos varones le prestarón el auxilio de sus luces, con que fué admirablemente confirmada, organizada y embellecida; por donde habrán de abstenerse de acusar á nuestra fé de simplicidad asustadiza, y acabar por reconocer su propia ignorancia."

Demás de esto hasta en los propios dominios de la verdad revelada defiende la fé las prerogativas de la

razon atribuyéndole en ellos una acción é influencia muy considerable. Junto con la revelación y la gracia la razon es en cierto modo la predisposición para la fé. A la razon es dado penetrar en los profundos senos de las verdades reveladas, donde tantos misterios augustos se ofrecen á sus ojos, y ordenarlas en forma de ciencia y explicar y desenvolver sus conceptos. Oficio nobilísimo de la razon es asimismo defender á la fé contra los impíos combatiendo con hechos y sólidos racionios todos sus sofismas. Por donde se vé que entre la razon y la fé reina una inteligencia verdaderamente cordial, una armonía perfectísima: la fé en nada entorpece ni limita á la razon; y la razon en cambio le corresponde reconociendo la legitimidad de todo lo que exige la fé. Ambas á dos, la razon y la fé, componen otros tantos rayos de un mismo sol inmutable, dos lumbreras en que se muestra aquella luz verdadera, que no sufre tener ni aún la más leve sombra de mudanza, luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. Nó, entre luz y luz no puede darse contradicción alguna, sino antes lo que hay es lo que no puede ménos de haber, mútua conformidad y armonía.

Séame todavía permitido hacer una observación que confirma lo arriba dicho y vindica muy bien á la fé del cargo que se le suele hacer de usurpar los dominios de la razon. A la verdad, si la fé procediera como enemiga de la razon, es indudable que los teólogos serian quiénes muy especialmente la combatirán, y que la Iglesia les daría ánimo y favor para ello. Pero con la historia en la mano se demuestra, que quienes realmente se declaran contra la razon, son

los herejes de todos tiempos, y que ninguna de las confesiones separadas de la verdadera Iglesia hizo jamás por la razón tanto, ni desplegó en su favor tan perseverante constancia como la Iglesia misma. Lutero (nadie lo ignora) fué tal la bajeza á que trajo y humilló á la razón, que hizo decir á Erasmo, escritor de su tiempo: "Nonne Lutherus totam Philosophiam Aristotelicam appellat diabolicam? Nonne idem scripsit, omnem disciplinam tam practicam quam speculativam esse damnatam? Omnes scientias speculativas esse peccata et errores? Nonne passim et publice clamabat Pharellus, omnes humanas disciplinas esse inventa diaboli?" También es cosa sabida que como algunos discípulos de Melancton, que llamabam Filípistas, quisieran volver por los fueros de la razón, semejante pretensión les valió ser excluidos de la secta luterana rigurosa: murieron los desdichados en pago de su osadía, y en la medalla acuñada para conmemorar este digno hecho se proclama la supuesta "victoria de Cristo sobre el diablo y la razón." Esta misma doctrina, destructora de la razón, fué al fin aprobada por el año de 1577 en el símbolo llamado de concordia y sanción simbólica. Todo el mundo sabe que el célebre filósofo Cristiano Wolf salió desterrado de Prusia, y contra él se declararon las universidades de Tubinga, Jena y Upsala porque admita la Teología natural, ó sea por sostener que la razón puede reconocer por sí misma sin el auxilio de la luz revelada la mayor parte de los atributos divinos. Los Anabaptistas obligan á sus neófitos á renunciar á la ciencia humana reputándola por uno de los siete espíritus malos. Por su parte el génio tan intencionado

de Quesnel sacó á luz la siguiente doctrina: «Quid aliaud esse possumus nisi tenebrae, nisi aberratio, et nisi peccatum sine fidei lumine, sine Christo et sine charitate?»

No hay para que ocultar que en estos últimos tiempos especialmente algunos sábios escritores católicos, aunque muy contados, han tocado á los derechos de la razón. ¿Pero acaso ha aprobado la Iglesia sus opiniones puramente personales y privadas? Nada menos que eso. A este propósito quiero referir un hecho, nada más que uso, por no abusar de la benévola atención con que me escucha esta docta asamblea, un hecho más concluyente que todos los demás argumentos que evidencian la perfecta armonía que reina con el rigor de verdadera ley entre la fé y la razón, segun la enseñanza católica: hablo de las declaraciones auténticas en que la Santa Sede, atenta siempre á la immaculada pureza de la fé, objeto de su perpetua solícitud y vigilancia, defiende con el escudo de su protección los derechos de la razón humana, y proscribido bajo el concepto de errónea y corrompida la doctrina de donde se ha engendrado la teoría absurda que tiende á exaltar injustamente á la fé con detrimento de la razón. No hay pues entre los teólogos católicos diferencia alguna de opiniones sobre este punto: todos están de acuerdo en decir y sostener que así como la gracia léjos de destruir la naturaleza, la perfecciona y dignifica; así ha de decirse que la fé no es enemiga ni rival, sino arrimo y fortaleza de la razón, y que la enbloce, y dilata sus dominios internándola en el conocimiento de muchas cosas en donde por sí sola jamás hubiera podido penetrar.

10
Le deducio obsequio
a los Señores "Redactores"
de
"El Cruzado"

Se humilde serva

Señalado

IDAD AUTÓNOMA DE NUEVA
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA